

do desaparecería la odiosa facción que oprimía y deshonraba á la familia real. Y, cosa singular, en esta triste y sombría historia de la caída de los Borbones de España, mientras que el príncipe de la Paz pedía á París autorización para publicar el tratado de Fontainebleau, Mr. de Beauharnais la solicitaba para desmentirle.

Las cartas de Carlos IV y los pliegos de Mr. de Beauharnais, tenían que atravesar una larga distancia para llegar á manos de Napoleon que se encontraba entonces en Italia, y viajaba de ciudad en ciudad con su celeridad acostumbrada. En el estado en que se hallaban las comunicaciones en aquella época, se necesitaban cuando menos siete dias para ir desde Madrid á París, y cinco desde esta última capital á Milan; y si Napoleon se encontraba por casualidad en alguna de sus escursiones, bien fuese á Venecia ó á Palma-Nova, recibía los despachos de España á los catorce ó quince dias. Para las contestaciones era necesario emplear otro tanto tiempo, y estas dilaciones convenían mucho á Napoleon, que hubiera querido detener el curso del tiempo, porque le era muy costoso el tomar resolución alguna con respecto á España; pues vacilaba entre el deseo de destronar en todas partes á los Borbones, y la necesidad repugnante para él, de tener que valerse de medios violentos y odiosos si habia de conseguir su objeto.

Napoleon salió de París el 16 de noviembre, y el 24 llegó á Milan, despues de visitar muchos puntos importantes: hasta sorprendió á su hijo Eugenio de Beauharnais que no tuvo tiempo para salir á recibirle. El mismo dia de su llegada, se

presentó por la mañana en la catedral de Milan para oír un *Te Deum*, por la tarde fué al palacio de Monza á visitar á la vireina su hija, y por la noche asistió al teatro de la Scala para dejarse ver de los italianos: en los intervalos conversó con los empleados en los ramos mas importantes, y pasó los dias 23, 24 y 25 en despachar gran número de negocios y en despedir varias órdenes. Al atravesar el nuevo camino del Monte Cenís, que era obra suya, le llamó fuertemente la atención la falta de auxilios á que se encontraban espuestos los viajeros, por no existir poblacion alguna en aquellas alturas cubiertas de nieve: ordenó, pues, la creación de un comun ó concejo dividido en tres aldeas situadas una al pie de la subida, otra en la cima, y la tercera en lo último de la bajada. La aldea situada en la cima debia ser la cabeza del concejo. Mandó, además, que se construyese una iglesia, una casa de ayuntamiento, un hospital y un cuartel. Concedió exención de impuestos á los que fuesen á establecerse en el nuevo comun, y comenzó la poblacion nombrando cierto número de peones camineros, encargados de la conservacion del camino, y de acudir á prestar auxilio á donde fuese necesario. Despues de decretar el presupuesto del reino de Italia, ocuparse con seriedad del ejército, y de convocar los tres colegios de los Possidenti, de los Dotti y de los Commercianti para el dia en que regresase á Milan, es decir, para el 10 de diciembre, marchó á Venecia, siguiendo el camino de Breseia, Verona y Pádua, y en todo el tránsito fué saludado con las aclamaciones de un pueblo entusiasta. Siempre ocupado provechosamente, aun en medio de los festejos, rectificó al pasar la

delineacion de las fortificaciones de Pescara , reservándose acordar á su vuelta las de Mantua. Durante el viage , se le reunió una parte de su familia , el rey y la reina de Baviera , con cuya hija se habia casado Eugenio : su hermana Elisa , princesa de Luca y luego gobernadora de Toscana , y por último , su hermano José , que no habia visto desde que le habia nombrado rey de Napoles , á quien amaba tiernamente , á pesar de sus continuas reprecensiones por su modo de gobernar demasiado suave. En Fusino , puertecito de las lagunas , en donde se embarcó para trasladarse á Venecia , las autoridades y los habitantes le aguardaban en góndolas magníficamente empavesadas para conducirlo al recinto de la antigua reina de los mares. El pueblo veneciano , que se consolaba de no formar ya una república independiente por la satisfaccion de haber escapado de leyes tiránicas , por la esperanza de pertenecer bien pronto á un vasto reino que comprenderia toda la Italia ; y en fin , por la promesa de grandes obras destinadas á hacer navegables sus aguas , habia desplegado para recibir á Napoleon todo el lujo que ostentaba antiguamente cuando su dux se desposaba con el mar. Innumerables góndolas que brillaban con mil colores , y hacian resonar el aire con los melodiosos sonidos de los instrumentos , escoltaban las lanchas que conducian con el dueño del mundo , al virey y á la vireina de Italia , al rey y á la reina de Baviera , la princesa de Luca , el rey de Napoles , el gran duque de Berg , el principe de Neufchatel , y la mayor parte de los generales del antiguo ejército de Italia. Despues de destinar á los recibimientos el tiempo necesario , Napoleon

empleó los dias siguientes en recorrer los establecimientos públicos , los astilleros , el arsenal y los canales , acompañado constantemente de los señores Decrés , Proni y Sganziu. Terminado aquel prolijo exámen , espidió un decreto en doce títulos , que abrazaba todas las necesidades de Venecia regenerada. En virtud de aquel decreto restableció muchas percepciones abolidas desde la caida de la república , pero justificadas por una larga esperiencia , poco onerosas en sí mismas , é indispensables para atender á los gastos de una existencia enteramente artificial , porque Venecia , como la Holanda , es mas bien obra del arte que de la naturaleza. Asegurados los medios , pensó en su inversion. Organizó primero una administracion para la conservacion de los canales , y escavacion de las lagunas : decretó luego la formacion de un gran canal para conducir los buques desde el arsenal al canalizo de Malamocco , de una dársena para navios de setenta y cuatro , y varias obras hidráulicas , tanto en las márgenes del Brenta , que conduce las aguas á las lagunas , como en las diversas bocas por las que desaguan en el Adriatico. Estableció , ademas , un puerto franco en que el comercio podia introducir sus mercaderias antes de pagar los derechos de aduana. Adoptó medidas de salubridad pública , y entre ellas la de que no se diese sepultura á los cadáveres en las iglesias , sino en una isleta destinada á aquel uso : se ocupó en los recreos del pueblo , reparando y haciendo iluminar la plaza de San Marcos , objeto eterno del orgullo y de los recuerdos de los venecianos , y finalmente , aseguró la existencia de los marinos por medio de la reorganizacion de todos los

antiguos establecimientos de beneficencia. Después de esparcir por todas partes sus beneficios, y de recibir en cambio mil aclamaciones, Napoleón partió para visitar el Frioul, y para ver las fortificaciones de Palma-Nova y Osoppo, que dirigía desde lejos, y que con Mántua y Alejandría miraba como prendas de la posesion de Italia. Osoppo y Palma-Nova á orillas del Isonzo, Pescara y Mántua en las del Mincio, y Alejandría en las márgenes del Tanaro, eran á sus ojos los escalones de una resistencia casi invencible contra los alemanes, si los italianos se defendian con alguna energia. Se dirigió por Porto-Legnago á Mántua, en donde debia ver á su hermano Luciano para intentar una reconciliacion de que tenia el mas vivo deseo, pero á que no queria acceder sino con ciertas condiciones. Mr. de Meneval fué por la noche á buscar á Luciano á su posada, y le condujo al palacio que ocupaba Napoleón. Luciano en vez de arrojarle á los brazos de su hermano, se acercó á él con una altivez hasta cierto punto disculpable, pues era el único que no tenia ningun poder; pero llevada mas allá de lo que quizás exigia una dignidad bien entendida. La entrevista fué, pues, penosa y borrascosa, pero no sin resultado útil. Napoleón contaba todavia en el número de las combinaciones posibles en España, la union de una princesa francesa con Fernando. Efectivamente, en aquel momento acababa de recibirla carta del rey Carlos IV que renovaba la peticion de un matrimonio; y aunque se inclinaba á una resolucion mas radical, no escluia, sin embargo, de sus proyectos aquella especie de término medio. Quería, pues, que Luciano le diese una hija de su primer

matrimonio, para educarla al lado de la emperatriz madre, imbuirla en sus miras, y enviarla en seguida á España á regenerar la raza de los Borbones. Si no se decidia á confiarla aquel papel, no faltaban otros tronos mas ó menos elevados, á que podia hacerla subir por medio de una alianza. En cuanto al mismo Luciano, estaba dispuesto á conferirle la calidad de príncipe francés, y aun á hacerle rey de Portugal, lo cual le colocaría cerca de su hija, con condicion de anular su segundo matrimonio, indemnizando á la esposa repudiada con un titulo y una cuantiosa dotacion. Estas medidas eran posibles, pero fueron exigidas con autoridad, desechadas con indignacion, y ambos hermanos se retiraron conmovidos é irritados, pero sin llegar no obstante á un rompimiento decisivo, pues que una parte de lo que deseaba Napoleón, que era que Luciano Bonaparte le enviase su hija á París, se realizó algunos dias después. Napoleón volvió á marchar al dia siguiente para Milan adonde estaba de vuelta el 13 de diciembre.

Allí le esperaban ya pliegos de España y de todas partes del imperio, y habia muchas resoluciones que tomar. Las cartas de sus agentes relativas á la Peninsula, y las de Carlos IV, pidiendo la mano de una princesa francesa, y la publicacion del tratado de Fontainebleau le habian sido entregadas en el camino. En la situacion en que se encontraba su ánimo, le era imposible resolver tan graves cuestiones. No queria comprometerse sobre ningun punto, porque no se habia fijado aun definitivamente en ninguno, aunque como ya hemos dicho, se inclinaba á la resolucion de destro-

nar á los Borbones. En su consecuencia, hizo que Mr. de Champagny escribiese á Madrid que habia recibido las cartas del rey Carlos IV, que apreciaba su importancia en todo su valor, pero que los asuntos de Italia, en donde no podia permanecer mas que algunos dias, absorbian toda su atencion; que no podia ocuparse en los de España con el detenimiento de que eran dignos, y que en cuanto regresase á París contestaria á las cartas del rey. Insistió de nuevo en que el tratado de Fontainebleau estuviere todavia secreto por algun tiempo; y en cuanto á Mr. de Beauharnais, no haciendo el menor caso de sus advertencias y opiniones, le dirigió respuestas insignificantes, pero formales sobre un punto, á saber, la prohibicion de manifestar ninguna preferencia por los partidos que dividian la córte de España, y de dejar entrever á qué lado se inclinaba el gabinete francés.

Sin embargo, no era cierto que por hallarse ocupado en los negocios de Italia, Napoleon no pensaba en los de España. Por el contrario, habia dado nuevas órdenes militares que tendian á aumentar poco á poco sus fuerzas tanto aquende como allende los Pirineos, de modo que cualquiera que fuese el partido que adoptase, no tuviera mas que espresar su voluntad, cuando llegase el caso de hallarse ya decidido. Cuanto sabia acerca del estado de España le persuadia que estaba próximo el momento de una gran crisis; porque no parecia ya posible hacer que reinase el favorito, inspirar paciencia á Fernando, ni contener la indignacion de la nacion española. Quería, pues, estar prevenido para aprovecharse de una ocasion, y para ello tener en la Península fuerzas considerables,

sin disminuir el grande ejército ni el de Italia, que le servian para mantener á la Europa en su alianza ó en la sumision. Ademas del ejército del general Junot, necesario en Portugal, habia preparado, como ya hemos visto, otros dos cuerpos, el del general Dupont y el del mariscal Moncey, y aun no los conceptuaba suficientes. Creia que dirigiéndose aquellos dos cuerpos al camino de Burgos y Valladolid, bajo el pretesto de Portugal, podian variando de direccion hácia la izquierda, marchar sobre Madrid, y mantener en respeto á la capital y las dos Castillas. Pero Navarra, Aragon y Cataluña, provincias tan importantes por sí mismas como por su espíritu, su posicion, y las plazas que contenian, le parecia que debian ser ocupadas, si no por fuerzas que se trasladasen á ellas inmediatamente, al menos por otras que se encontrasen prontas para entrar. Mandó, pues, preparar dos divisiones, una que colocada cerca de San Juan de Pie de Puerto, pudiese con cualquier pretesto caer sobre Pamplona, y la otra, que reunida en Perpiñan, podria entrar igualmente en Barcelona, y apoderarse de aquella ciudad y de los fuertes que la dominan. Dueño de Pamplona y de los fuertes de Barcelona, Napoleon tenia dos bases sólidas para los ejércitos que hubiesen de avanzar hácia Madrid. No obstante, aunque le parecia inminente la crisis del Escorial, no queria precipitarla ni tomar demasiado ostensiblemente el papel de invasor, dirigiendo tropas por otra parte que por el camino de Burgos, Valladolid y Salamanca, que era el de Portugal. La reunion probable de tropas inglesas en las costas de la Península, no podia dejar de suministrarle mas tarde motivos especiosos

para introducir nuevas fuerzas en lo interior de España. Hasta tanto, le era suficiente tenerlas reunidas en la frontera. El ejército del general Junot, compuesto de los antiguos campos de la Bretaña, habia dejado algunos batallones de depósito de que se podía formar una division de tres á cuatro mil hombres, bastante para ocupar á Pamplona y contener á Navarra. Estos batallones en número de cinco, pertenecian á los regimientos 45, 47, 70 y 86 de línea: un batallon suizo acantonado en las inmediaciones, ofrecia el medio de hacerlos subir á seis. Napoleon mandó que se reuniesen inmediatamente en San Juan de Pie de Puerto á las órdenes del general Mouton, y que se les agregase una compañía de artillería de á pie. En cuanto á la division de Perpiñan, buscó sus elementos en la misma Italia. Habia allí regimientos lombardos y napolitanos, buenos para emplearlos en el clima de España, pero que necesitaban aprender la guerra en la escuela de los franceses. La vuelta de las tropas auxiliares á sus países, permitia disponer desde luego de una parte de los regimientos italianos situados mas cerca de Francia. Napoleón mandó que cuatro batallones italianos, tres que residian en Turin, y el otro en Génova, se dirigiesen á Aviñon. Un hermoso regimiento napolitano, que su hermano José le habia enviado ya para que le instruyese, se encontraba cerca de Grenoble; tambien recibió orden de marchar á Aviñon. Cuatro escuadrones lombardos y napolitanos, que componian de seiscientos á setecientos caballos, fueron dirigidos al mismo punto, como tambien muchas compañías de artillería. El regimiento francés que salia de la plaza de Braunau, restituida á los aus-

triacos, atravesaba los Alpes para volver á Italia. Se trazó su itinerario de modo que fuese al Mediodia de la Francia. En fin, los cinco regimientos de cazadores y los cuatro de coraceros, traslados el invierno último desde Italia á Polonia, tenían sus depósitos en el Piamonte, depósitos bien provistos de hombres y caballos, como todos los del ejército. Napoleon sacó de ellos dos excelentes brigadas de caballería, que á las órdenes del general Bessieres, formaron una division de mil doscientos caballos. Agregando á estas tropas algunos batallones franceses ó suizos que residian en Provenza, era fácil reunir en Perpiñan un cuerpo de diez á doce mil hombres con destino á Cataluña.

Tomadas estas disposiciones con respecto á las tropas que todavía no debian pasar los Pirineos, Napoleon previno un nuevo movimiento á las que ya los habian atravesado. Mandó al general Dupont, que habia avanzado una de sus divisiones hasta Vitoria, que pusiese en movimiento las otras dos, de modo que tuviese reunidas las tres entre Burgos y Valladolid, en los primeros dias de enero; aparentando dirigirse sobre Salamanca y Ciudad-Rodrigo, es decir, sobre Lisboa, pero con la precaucion de observar el puente del Duero en el camino de Madrid, á fin de estar pronto á apoderarse de él en el momento que fuese necesario. Al mariscal Moncey le previno que ocupase con el cuerpo de las costas del Océano las posiciones que habia dejado el general Dupont, y que una de sus divisiones marchase hácia Vitoria. Estos movimientos no podian aumentar sensiblemente los recelos de la corte de España, puesto que se efectuaban en el camino de Lisboa. Para hacerlos todavía

mas naturales, Napoleon dispuso que Mr. de Beauharnais dirigiese al ministerio español los avisos mas alarmantes acerca de una aglomeracion de tropas inglesas en Gibraltar, aglomeracion real y efectiva, y que de ningun modo se suponía; porque se acababa de saber que el gobierno británico hacia evacuar la Sicilia casi enteramente, y se disponia á enviar á Portugal las tropas que habian formado la expedicion de Copenhague. Instó vivamente al gabinete español para que proveyese á la custodia de Ceuta, Cádiz, Campo de San Roque, é islas Baleares, dándole al mismo tiempo útiles consejos. De este modo dió cierto caracter de verosimilitud á los pretextos alegados para la introduccion de nuevas tropas francesas en España.

Napoleon se apresuró á despachar los negocios de Italia para volver á París, desde donde podria velar mas cerca sobre el objeto de sus constantes desvelos. Sin embargo, habia una cuestion que hubiera resuelto mejor en París que en Milan, porque allí habria estado rodeado de mas luces, y sobre la que no queria diferir la decision ni un solodia. Esta cuestion era relativa á las últimas disposiciones del Consejo, dictadas el 11 de noviembre por el gobierno británico acerca de la navegacion de los neutrales. Por aquellos decretos la Inglaterra acababa de empeñarse mucho mas en el sistema de la violencia, y Napoleon, como se comprende muy bien, no pensaba quedarse atrás. A un golpe muy rudo, debaba corresponder inmediatamente con otro que lo fuese mas; y bien conocidos son ya los pasos dados en esta via funesta. A la pretension de secuestrar la propiedad enemiga, aun bajo el pabellon neutral, y de aplicar el derecho de blo-

queo á una dilatada estension de costas, que materialmente era imposible bloquear, Napoleon contestó con la prohibicion del comercio inglés en todas las costas del imperio y de los países sometidos á su influencia: despues aumentandose su irritacion en proporcion de las violencias del almirantazgo, declaró por los famosos decretos de Berlin á las islas británicas en estado de bloqueo; prohibió el comercio de géneros ingleses en todos los puntos donde él dominaba, mandó su confiscacion en todas partes, y anunció que todo buque que tocase en uno de los tres reinos ó en cualquiera de las colonias inglesas, seria repelido de los puertos pertenecientes á la Francia, ó de los que de ella dependian. Varios decretos reglamentarios impusieron á los buques que cargaban géneros coloniales, la obligacion de proveerse de certificados expedidos por los agentes franceses; las mercaderías que careciesen de aquel requisito, quedaban sujetas á secuestro. La alianza concluida con la Rusia y la Dinamarca, la prometida adhesion del Austria, y la obediencia de los dos gobiernos de la Península, iban á hacer estensivas aquellas terribles medidas á todo el continente.

La Inglaterra comprendió por fin, que el sistema prohibitivo, llevado hasta el extremo, le era mucho mas perjudicial que á la Francia, porque tenia mas necesidad de vender que el continente de comprar: que los géneros coloniales, que monopolizaban casi enteramente, porque su marina dotenia bajo diferentes pretextos hasta á los buques de los Estados Unidos, quedarian sin salida y acumulados en sus almacenes: que sus productos manufacturados correrian la misma suerte: que su-

friria mucho, tanto con respecto á la importacion como á la esportacion, porque no podrian adquirir ciertas primeras materias que la eran indispensables, como las lanas de España y los pertrechos navales del Norte: que en semejante estado, padeceria mucho menos el comercio de Francia, porque proveeria al continente de las telas que ya no podrian suministrar las fabricas inglesas: que en cuanto á los géneros coloniales, tampoco careceria de ellos, porque recibiria cierta cantidad suficiente para sus necesidades por medio del corso ó de los buques que pudieran burlar la vigilancia de los cruceros: y que sobre todo, la carestia del azúcar y del café no produciria jamás á la Francia inconvenientes tan graves, como los que causaria á la Inglaterra la supresion de todos los cambios. El gabinete británico abandonó, pues, su sistema de esclusion, é imaginó facilitar el comercio general, pero obligandole á pasar por la Gran Bretaña y constituyéndole ademas en tributario suyo. En su consecuencia, decidió por tres decretos del Consejo de fecha de 11 de noviembre de 1807 que todo buque de una nacion que no tuviese declarada guerra á la Gran Bretaña, fuese mas ó menos dependiente de la Francia, podria entrar libremente en los puertos del Reino Unido ó de sus colonias, y dirigirse despues donde quisiese, siempre que hubiese tocado en Inglaterra para llevar á ella ó recibir mercaderia, y pagado derechos de aduana equivalentes á un 25 por 100. Mas por el contrario, todo buque que no tocase en los puertos de la Gran Bretaña, y entre sus papeles se encontrasen certificados espedidos por los agentes franceses debia ser secuestrado y declarado buena presa. De este

modo, los buques mercantes, cualquiera que fuese su procedencia, se veian obligados ó á detenerse en Inglaterra para pagar allí derechos, ó proveerse de géneros ingleses. Todo el comercio debia, pues, pasar por los puertos británicos, y todas las mercancías pagar en ellos derechos. Mérced á semejantes medidas, los ingleses tenian un medio seguro para enviar al continente los géneros coloniales, que no llevaban en sí mismos, como por ejemplo las telas de algodón, la prueba de su origen. Llamaban, en efecto, al Tâmesis á los buques neutrales, los cargaban de azúcar y café, los escoltaban hasta dar vista á las costas, para ahorrarles la visita, y de aquel modo los introducian en los puertos franceses ó en los de Holanda, provistos de documentos falsos, que los hacian pasar por neutrales que venian directamente de América.

Al recibir Napoleon en Milan, donde á la sazón se hallaba, los decretos del 11 de noviembre, escribió á París pidiendo al ministro de Hacienda y al director de aduanas un informe sobre aquellos; mas no pudiendo resignarse á aguardar la respuesta, espidió en 11 de diciembre un decreto, conocido con el título de decreto de Milan, mucho mas rigoroso que los anteriores. En el de Berlin se habia limitado á escluir de los puertos del imperio á todo buque que hubiese tocado en Inglaterra: esta vez fué mas lejos y declaró de buena presa á todo buque que aportase á Inglaterra ó sus colonias, y sesometiese á pagar allí algun derecho. Por medio de reglamentos estableció severas penas contra los capitanes y marineros que diesen declaraciones falsas. En tanto que Napoleon espedia aquel decreto, los señores Gaudin, Cretet, Desfer-

mon y Collin de Sussy, contestando á sus preguntas, le proponian una medida que tendia al mismo objeto, pero que era mucho mas rigurosa: consistia aquella en prohibir toda relacion comercial con el imperio francés, á las naciones que no hubiesen suspendido su comercio con la Gran Bretaña. El decreto de Milan bastaba para cerrar mas estrechamente que nunca las comunicaciones que la Inglaterra habia querido abrir en provecho suyo, pero aquella ventaja se compraba á muy subido precio, pues era necesario redoblar la violencia, lo cual debia fatigar bien pronto á la Francia y sus aliados, tanto como á la misma Inglaterra.

Escepto esta pequeña distraccion, Napoleon dedico todo el tiempo de que podia disponer, á la administracion del reino de Italia. Conforme á la convocatoria que habian recibido, los tres colegios de los Possidenti, de los Commercianti, y de los Dotti, se reunieron en Milan á fines de diciembre para oír la comunicacion de muchas actas esenciales. Por la primera, Napoleon adoptaba oficialmente por hijo suyo al príncipe Eugenio de Beauharnais. Por la segunda fijaba las consecuencias de aquella adopcion, asegurando al príncipe Eugenio la sucesion de la corona de Italia, limitando á solo ella su derecho de heredar, lo cual excluia la posibilidad de heredar algun dia la de Francia. Despues de haber establecido á sus hermanos y hermanas, era natural que Napoleon tratase de mirar por los hijos de la emperatriz Josefina, que le inspiraban el mas tierno afecto, sobre todo Eugenio de Beauharnais que le servia en Italia con modestia, sabiduría y adhesion, y era muy estimado de los italianos que nunca habian

disfrutado de un gobierno mas dulce é ilustrado, y que hacia dos años descansaban de los horrores de la guerra.

Como la corona de Italia quedaba por entonces unida á la de Francia, y Eugenio de Beauharnais no era todavía mas que el heredero presuntivo con la cualidad de virey, Napoleon quiso que se le llamase príncipe de Venecia, título que en adelante debian llevar los herederos presuntivos del reino de Italia. Creó el título de princesa de Bolonia para la hija de Eugenio, que acababa de dar á luz su esposa la princesa augusta de Baviera. Por último, deseando dar al duque de Melzi, antiguo vicepresidente de la república italiana, una nueva muestra de aprecio, le nombró duque de Lodi, título tomado de uno de los mas brillantes hechos de armas de nuestras primeras campañas. En seguida se ocupó en modificar varios puntos de la Constitucion del reino, código fundamental que era poco importante por sí mismo, porque la voluntad de Napoleon era la que todo lo arreglaba en Italia: lo cual no era ciertamente sensible por el pronto, porque esceptuando las exigencias á que daba lugar la guerra general, aquella voluntad no aspiraba á otra cosa que á hacer bien. El colegio de los Possidenti, que era el mas rico de los tres, votó la construccion, á sus espensas, de un monumento que perpetuase la memoria de los beneficios de que Napoleon habia colmado á la Italia.

Concluidas aquellas operaciones, el emperador marchó al Piamonte, visitó la gran plaza de Alejandría, cumplimentó al general Chasseloup, encargado de las obras de aquella plaza, y despues se trasladó á Turin, en donde concedió nue-

vas ventajas á aquellas provincias que habian llegado á ser francesas. Para unir la Liguria al Piamonte, decretó la construccion de un canal, que desembocando en el mar junto á Savona, y atravesando el Apenino por su parte mas baja, para llegar á el Bormida en Careara, debía reunirse al Pó con el Mediterráneo. Mandó que se perfeccionase la navegacion desde Alejandria al Pó, de modo que los barcos pudiesen pasar por aquellas aguas en todo tiempo. Hizo que en algunos puntos se rectificase la carretera de Alejandria á Savona, y dispuso que se la pusiera en comunicacion con el camino de Turin por medio de un ramal desde Careara á Ceva. Decidió que se abriese el camino real del monte Genevre, por Brianzon, Fenestrelle y Pignerol, el que unido al monte Cenis debía completar las comunicaciones de la Francia con el Piamonte por los Alpes Cocianos. Decretó tambien la construccion de varios puentes: uno de piedra sobre el Pó, en Turin; otro de piedra en el Doira, uno de madera sobre el Sesia, en Verceci; uno de madera sobre el Bormida, entre Alejandria y Tortona; y por último otros tres tambien de madera, aunque de menas importancia, sobre tres torrentes que corren entre Turin y Verceci. Al mismo tiempo tuvo buen cuidado de asegurar los fondos necesarios para atender á los gastos de aquellas obras, porque no era de los que mandan emprender trabajos sin inquietarse por las cargas que de ellos pueden resultar. Un resto que debian los compradores de bienes nacionales, el producto de las fincas hipotecadas, y una parte de los rendimientos del monopolio de la sal debian cubrir aquellos útiles gastos.

Napoleon dejó á Turin acompañado de las acia-maciones de los pueblos reconocidos, y llegó á París el 1.º de enero de 1808, bien adelantado ya el día, pero bastante á tiempo para recibir los homenajes de la corte, de las autoridades públicas y de los parisienses. Su regreso á la capital del imperio iba á ser la señal de las mas graves determinaciones de su reinado. Era en efecto preciso tomar un partido con respecto á España, porque no se podia dilatar por mas tiempo el contestar á Carlos IV. Era necesario tomarlo tambien con la corte de Roma, con la que cada vez se iban haciendo mas difíciles las relaciones. Napoleon iba, pues, á chocar con los dos restos mas viejos y temibles del antiguo régimen, los Borbones de España y el pontificado.

Dominado sin cesar desde la pacificacion del continente, por la sistemática idea de colocar en todos los tronos á los Bonapartes en lugar de los Borbones, impulsado hácia aquel objeto por un sentimiento de familia, y por su génio reformador, á que repugnaba dejar cerca de sí dinastías degeneradas, inútiles ó perjudiciales á la causa comun, Napoleon, como se ha visto, se hallaba agitado de los mas diversos pensamientos con respecto á España. Tres partidos se presentaban á su imaginacion: primero, conciliarse el afecto del pueblo español, enlazando una princesa francesa con el príncipe de Asturias, y derrocar al favorito, sin exigir de los españoles nada que pudiese herir su orgullo ni su ambicion; segundo: conceder todo lo que acabamos de decir, matrimonio, caída del favorito, pero haciéndolo pagar con sacrificios de territorio, que hubieran asegurado á la Francia las orillas del Ebro, las costas de Cataluña, y el goce